

ATHENEAE

ORGANO DEL
ATENEO DE COSTA RICA

Núm. 4

Tomo II

SAN JOSÉ
COSTA RICA
1918

30 Cts.
TIP. TREJOS HNOS.

CREMA VIRGINEA

La mejor para quitar las pecas y las manchas de la cara.

BOTICA CENTRAL, SAN JOSE

PUROS FILIPINOS de las más afamadas fábricas de Manila

SHOYU KIKKOMAN salsa japonesa para las comidas

SAKEFUKI delicioso licor popular japonés

Canastillas, Petates, Pantuflas japoneses de todo estilo

LA MARINA

EDUARDO CASTRO SABORIO

APARTADO 979

TELEFONO 584

AMADEO JOHANNING
ABOGADO Y NOTARIO

Ha abierto su bufete frente al edificio que ocupan los Juzgados

GUILLERMO CARRANZA SOLIS
PASANTE DE ABOGADO

Despacha en las Arcadas, lado Norte

J. P. ZAPATA
ENCUADERNACION

Se hacen los trabajos más finos y más baratos

Lo mejor en Centro América

150 varas al Sur de la Botica Francesa

LA MAS BARATA * LA MEJOR SURTIDA

LIBRERIA TORMO LIBRERIA

AVENIDA CENTRAL, FRENTE AL BANCO MERCANTIL

TOMO II

ATHENEA

No. 4

ORGANO DEL ATENEO DE COSTA RICA

Toda correspondencia relativa a ATHENEA
debe dirigirse al apartado 572

15 DE SETIEMBRE

Un Año de Labor

Hoy tiene un año de labor ATHENEA y aun está fresco nuestro entusiasmo y hay el mismo ardor en nuestra fe. Apareció nuestra revista bajo el feliz augurio de una fecha gloriosa, el 15 de setiembre, y la egida de Palas veló con amor nuestros pasos. Acaso pusimos entonces demasiada ilusión en nuestro empeño y nos lanzamos con ánimo demasiado optimista. Sin embargo, todas las contrariedades y todos los reveses fueron pocos para la parte de alegría que nos ha dado ese esfuerzo.

La buena intención nuestra, el impulso idealista que hay en nuestra juventud, el deseo alucinado por el bien de nuestra patria, todo eso, que pudo tener sus censuras por jovial o inexperto, se salva y es más bien un galardón, si se piensa que no nos animó en ningún acto más que un gran ardor generoso para todos.

No han faltado, es verdad, las pequeñeces de los hombres, las murmuraciones de los círculos, el acecho de los descontentos. Pero, qué íbamos a hacer? Toda obra alta tiene necesariamente que hacerse visible y algunos espíritus plegados no toleran los relieves que se alzan y siempre piensan con dolor, que van en mengua de los suyos. Sabiéndolo nosotros, no nos extrañamos y perdonamos a unos y compadecemos a otros.

ATHENEA quiso tomar la iniciativa de un vigoroso movimiento intelectual que sacudiera la frialdad en que vivíamos, y llamó a todos los costarricenses. Para ventura del éxito, acudieron los más valiosos elementos y la obra se hizo. Hoy queremos repetir nuestra proclama, y al insistir sobre la necesidad que tiene Costa Rica de mantener vivo entre sus hijos el amor al ideal, esperamos que no se rinda la voluntad ni se apague el entusiasmo de los que colaboran tan eficazmente.

ATHENEA, como publicación sería, que ha podido surgir a pesar del medio hostil tiene también una pequeña cosecha de despechados. Vengan ellos hacia nosotros y no miren insidiosamente el prestigio de una publicación que, tal vez con ellos, tendría el valor integral que necesita para ser un completo exponente nacional.

Al aparecer nuestra revista, pedimos el concurso de todos, y si es verdad que algún temperamento rehacó nuestro llamamiento, también es cierto que hemos logrado mantener en constante anhelo de cultura a los hombres que más valen en Costa Rica. Eso nos satisface más que todo y para ellos queremos tener hoy una expresión reconocida, así como para la prensa, que tan benévolutamente acogió entonces la nueva revista. Del extranjero hemos logrado recibir correspondencia y colaboración valiosas y se exalta nuestro entusiasmo al declararlo así.

Por ahí se ha dicho alguna vez que ATHENEA es un vocero de elogios y que debe combatirse ese mal establecido, que ponderamos siempre la belleza que tenga la obra de un compatriota, que, en fin, hacemos mala labor publicando grabados y juicios de nuestros compañeros....

Si, ATHENEA acepta el cargo, nosotros elogiamos la labor buena de los costarricenses.

censes y ponderamos lo que de bello tenga esa obra. Que otros se encarguen de señalar sus defectos, y, sobre todo, si para ellos ese elogio es un saliente que puede restarles personería, ahóguenlo, nulifiquenlo, que la belleza existirá siempre!

El cargo que nos hacen es justo; justo, porque quienes lo lanzan no han merecido el honor de un comentario nuestro; justo, porque les estruja el corazón el triunfo de los compañeros y tratan de empuqueñecer su labor a todo trance.

Pero nosotros trabajamos con ánimo. Sabemos que nuestro país tiene hombres de mucho valer y queremos que se conozcan afuera. Si por esa labor patriótica se nos censura y se nos maltrata, está bien: mañana se verá ahogado el rumor de los ingratos y fulgirá la gloria de los buenos. Tersites tuvo que sufrir el ultraje del prudente Ulises y lloró su villanía. Nosotros, para el gibado que nos grita, no tenemos más que los brazos abiertos. Chillen ellos como el grillo para hacerse notar y amemos nosotros sus flaquezas para que se rediman.

En tanto, loemos a la diosa tutelar que tan seguramente nos marcó una pauta y hagamos obra de armonía.

Al escribir acerca de nuestra labor, en este día glorioso de la independencia nacional, pugna el sentimiento por cantar el epinicio de la patria. Pero la hora nos calla y sólo miramos hacia allá, en un fervoroso gesto de redención, hacia el cielo puro, sobre el campo yermo, y nos quedamos fijos, extasiados de esperanza, buscando el lugar en donde fulge el radioso casco de Pallas!

Rogelio Sotela

Un nuevo libro

La Librería de Tormo ha tenido el acierto de emprender una serie de publicaciones nacionales y al efecto, escogió una novelita de nuestra escritora Carmen Lira para dar comienzo a esas publicaciones. No puede ser más halagüeño el triunfo que ha obtenido la casa de Tormo pues la obrita recién salida casi está agotada. Y se explica: Carmen Lira es bien leída entre nosotros y su *Silla de Ruedas*, como el Jack de Daudet, para buscar un parangón, es una obra fuerte y admirablemente bien escrita.

Agradecemos a la Librería de Tormo tan valioso envío.

Del Ecuador hemos recibido *Serraniegas*, colección de cuentos. Sobre este libro de Eduardo Mera escribiremos luego.

Se invita

A los ateneístas y al público en general, a las Conferencias que dará el profesor García Monge en los altos del Banco Anglo, los próximos domingos a las 2 de la tarde. En tres domingos sucesivos se dará término a Sarmiento, así:

5.^a Conferencia: Sarmiento viajero. Su matrimonio. Examen de los RECUERDOS DE PROVINCIA. La educación popular.

6.^a Conferencia: Las labores presidenciales de Sarmiento. Examen de CONFLICTOS Y ARMONIAS.

7.^a Conferencia: Sarmiento Americanista. Gloriosa ansianidad de Sarmiento.

La Senda de Damasco puede pedirse por correo a María v. de Linares. San José.—\$1.00 EL EJEMPLAR

Con motivo del centenario del Dr. Castro

Un recuerdo de infancia

A principios de 1882 hubo una epidemia de insubordinación en el Instituto Nacional, excelente plantel de segunda enseñanza que a mi juicio no ha sido mejorado por ninguno de los que después hemos tenido. El mal provenía, en su mayor parte, de la incompetencia de la persona encargada de mantener el orden, cuyos métodos violentos y carácter irascible exasperaban a los alumnos. Casi no pasaba día sin que se promoviera algún alboroto y hasta se dió el caso de que se apelase a la autoridad de policía para calmar los ánimos.

Una tarde en que el escándalo había sido mayúsculo, se ordenó que todos los alumnos se concentraran en la sala de estudio. Creímos que se trataba de un nuevo sermón del Director que ya nos había echado varios, sin darse cuenta de que la culpa no era toda nuestra. Al cabo de un rato llegó en efecto el Director, pero acompañado de una persona cuya vista nos causó gran emoción. Era nada menos que el Dr. D. José María Castro, Ministro de Instrucción Pública y Rector de la Universidad.

Los estudiantes de las nuevas generaciones comprenderán difícilmente nuestra emoción en presencia de tan alto funcionario. Los muchachos de aquel tiempo éramos mucho menos iconoclastas y bastante más respetuosos. Pero hay que decir también que las más altas funciones del Estado no estaban todavía al alcance de la gente de escalera abajo, que después ha venido restándoles, jirón a jirón, todo el prestigio de que antaño estaban rodeadas. Además, el Dr. Castro, en el ministerio o fuera de él, era un personaje ante quien todo el mundo se descubría.

El Rector ocupó la cátedra y con voz sonora y semblante severo nos dió una reprimenda enérgica. Después ordenó a su hijo Jorge, nuestro con-

discípulo, que se acercase y sobre él cayeron las expresiones más duras de su indignación. En seguida cambió de tono y, después de prodigar-nos los mejores consejos, se retiró con aquella majestad que lo acompañaba siempre.

El escarmiento de Jorge me propinó un buen susto, no sólo por haber sido su colaborador en los últimos desórdenes, sino porque tenía razones particulares para temer que pudiese tocarme algo de la reprimenda especial. De modo que no fué poca mi satisfacción al ver que se marchaba el señor Rector. Pero estaba escrito que yo no había de salir tan bien librado como lo pensé. Un rato después me hizo llamar el Director a su despacho y me dijo que debía presentarme a las siete en casa del Dr. Castro.

La noticia me aterró. Nada bueno podía esperar en aquellas circunstancias de una visita obligada a tan ilustre personalidad, que me inspiraba el más profundo respeto; pero no hubo más remedio que obedecer y a las siete en punto llamé con el alma en un hilo a la puerta del Dr. Castro, quien me recibió en su despacho donde estaba escribiendo.

—Siéntate allí—me dijo señalán dome una silla.

Continué inclinado sobre el papel durante algunos minutos, y, después de soltar la pluma con gesto reposado, se volvió hacia mí.

—He sabido—comenzó a decir—que tú y Jorge fueron los principales promotores de los escándalos de hoy en el Instituto. No es posible que las cosas sigan como van y por mi parte no estoy dispuesto a tolerarlo. Impondré, si es preciso, los castigos más severos a los culpables, empezando por mi hijo Jorge, a quien he dado ya él que merece, y lo mismo pienso hacer contigo, si no te enmiendas,

porque a ello me autoriza el ser tu padrino.

Y así era en efecto. El Dr. Castro era mi padrino y siempre me había tratado con esa gentileza y esa bondad que lo hacían tomarse el trabajo, algunos años antes, de llevarme cartuchos de dulces al colegio en París. Pensé para mi colete que no escaparía sin un buen tirón de orejas, cuando menos; pero me engañaba. Mudando súbitamente de tono, como lo había hecho ya en el Instituto, el Dr. Castro me habló con suavidad del respeto y consideración que los escolares deben a sus maestros; de los sacrificios que hacen los padres para dar una buena educación a sus hijos; del deber que todos tenemos de estudiar a fin de ser hombres útiles a la patria; de las obligaciones para con la familia y la sociedad. Me habló de mis padres, de mi abuelo, con quien tuvo estrecha amistad, de muchas otras cosas que al cabo de los años recuerdo con placer y gratitud. Cerca de una hora empleó el Dr. Castro en amonestar a un muchacho indisciplinado, con ese cariño

e interés vivísimo que le inspiraban los jóvenes.

El sonido de una campana interrumpió la plática del Doctor, que yo escuchaba con la mayor atención.

—Vamos ahora a tomar una taza de té — me dijo sonriente.—Pacífica quiere verte.

Lo seguí hasta el comedor donde ya se encontraba doña Pacífica, aquella gran dama de exquisita cultura que fué su compañera abnegada, con otras personas de la familia. Jorge me miró maliciosamente, pero yo no me di por entendido. En aquel momento sólo respiraba propósitos de enmienda.

Tal es el recuerdo de infancia que ha acudido a mi memoria con motivo del centenario del Dr. D. José María Castro. No es más que una anécdota íntima; pero me parece que pinta bien el carácter del prócer que siempre cultivó la indulgencia como una de las virtudes que más cautivan a los hombres.

R. Fernández Guardia

(Inédito).

EL DIA DE LA PATRIA

Fragments

del Discurso pronunciado por el Licenciado don Leonidas Pacheco en la Velada organizada para festejar el Centenario de Mora, en 1914

Señor Presidente,

Señoras, Caballeros:

Con doble motivo patriótico estamos congregados hoy: es el 15 de setiembre y es el momento de hacer nuestro rendido homenaje a Juan Rafael Mora.

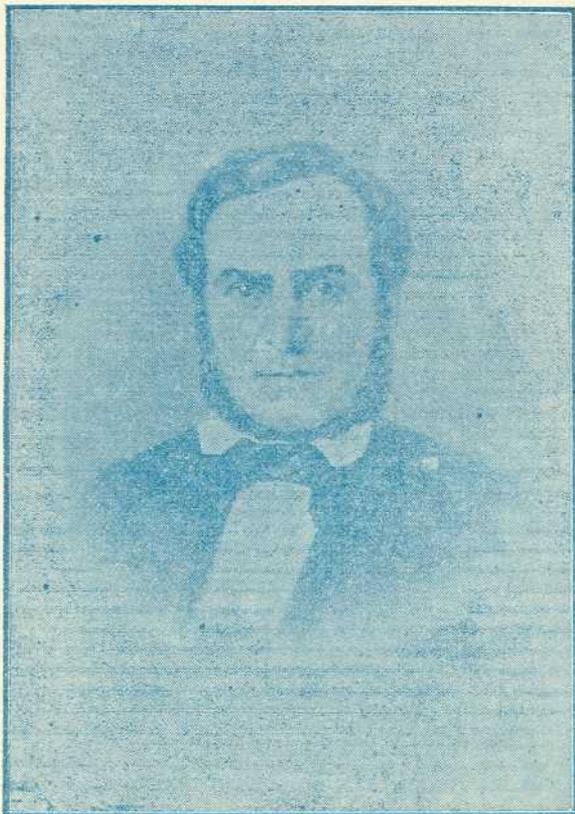
Aquella fecha nos recuerda que venimos a la vida independiente sin sacrificios cruentos, sin dolorosas convulsiones, recogiendo, por especial privilegio de la fortuna, el fruto de paz que sembraron en lucha homérica nuestros hermanos del Norte y del

Sur. Este nombre nos invita con su limpia y esclarecida historia a volver piadosamente la mirada al 56 y a recordar la sangrienta lucha de un día, el combate fiero que no nos impuso el hispano y que si nos trajo el bucanero y con el cuadro que la memoria descubre de sangre y ruinas, de peste y lágrimas, advertir también la radiante figura de los héroes que en el pequeño panteón de nuestra pequeña historia están siendo, por el culto y el cariño, los blasones de nuestro escudo, el orgullo de nuestros padres, el orgullo nuestro, el

pergamino de nobleza de nuestros hijos.

Juan Rafael Mora fué en aquellos días aciagos el exponente genuino del alma nacional. Hombre netamente civil, padre y esposo modelo, ciudadano probo, llevado a la jefatura de la nación por reconocimiento justificado de sus merecimientos, no pensó nun-

internacionales, síntesis completa de las serenas virtudes que enorgullecían a los patriarcas de aquel siglo, sencillo en el vestir, sencillo y probo en el pensar, Juan Rafael Mora dibujaba su silueta presidencial con los suaves tonos de una acuarela que enseña bajo un cielo de primavera el cuadro reposante de una familia



El Prócer, Benemérito de la Patria,
Dn. JUAN RAFAEL MORA

ca aquel sereno espíritu de paz y de progreso que el destino le reservaba los laureles y las espinas de los campos de batalla.

Dedicado con paternal cariño a empujar a Costa Rica por la vía ancha del progreso, amigo de la instrucción, encariñado con la agricultura, cumplidor nínio de sus deberes

feliz agrupada al rededor de un jefe venerable.

Nada en su fisonomía moral, social o política que arrojará colorido fulgurante: nada en su aspecto que hiciera vislumbrar al caudillo; nada en la serenidad de sus actos que predijera la fibra de acero, la voluntad sin quebrantos, el carácter integérrimo que

ni se dobla ni se rompe.

Y así como él, así era nuestra Costa Rica. Las costumbres de patriarcal sencillez vivían lejanas de las complicaciones escabrosas de la vida intensa que hoy nos avasalla; el padre criaba al hijo bajo rígida y cariñosa sumisión: la mujer buscaba en sus naturales encantos la dicha del hogar sin el vano artificio que deslumbra: el campesino labraba la tierra y si quitaba sus ojos del arado, los levantaba a la bóveda celeste, en donde encontraba su fe sencilla la plácida esperanza de una mañana inmortal. Tranquila y honrada, pacífica y buena, ni envidiosa ni envidiada, Costa Rica empujaba sus progresos con andar lento pero seguro, guiada en sus modestos afanes por el jefe querido que por sobre olas serenas, de paz y libertad iba llevando, cual piloto experto, la barca del Estado.

Pero llegó el momento aciago... Negra nube preñada de tempestad oscureció el horizonte: Nicaragua herida por el venablo de la traición lanzó un grito de dolor, el extranjero manchaba con su planta su manto de libertad y la bala mortífera pretendía sentar sobre la virgen Centro América el reinado opresor del bucanero; la independencia amenazada de nuestra hermana era la sentencia de muerte de nuestra propia independencia: la cadena que forjaba sus eslabones en los campos de Nicaragua era la cadena que amenazaba nuestras manos de hombres libres.

El dilema estaba planteado: la libertad o el sacrificio, el martirio o la servidumbre; la bala vengadora o el látigo del amo, las llamas del Mesón o la marca del esclavo.

Mora no vaciló, ni vaciló Costa Rica. Sin medir las honduras de la sima, sin calcular la inexperiencia militar de nuestros labriegos sencillos, sin poner cuentas en distancias enormes que debían recorrer a pie para llegar a los campos de combate, sin intendencias que procuraran al extenuado el reparador alimento, sin cruz roja que pusiera sobre la ancha

herida el bálsamo de la medicina ni el reconfortante halago de la mano caritativa, Mora llamó su pueblo al sacrificio y allá fueron, extraños al desaliento pueril, sereno el corazón, alta la frente, allá fueron nuestros valientes soldados, con los labios plegados por estoica sonrisa y con la mirada fija en la salud de la patria.

Y la mujer costarricense, con las pupilas húmedas de lágrimas pero con la serena virtud de la esperanza, decía adiós, para muchos el eterno adiós y—con el escudo o sobre él—era la muda súplica que hacían a sus hombres que se iban cargados con el rifle, cargados con el modesto y duro bizcocho que amazaron manos cariñosas, cargados con la ligera manta y con el repuesto indígena del *caite*, y cargados también con el sagrado deber de mantener la patria libre.

Campos sagrados de Santa Rosa y Rivas, blancas espumas del rumoroso San Juan, sobre vosotros corrió la noble sangre de nuestro pueblo que ofrendaba valeroso su vida en bien de la patria y de la fraternidad centroamericana. Allí cayeron los héroes de pie descalzo y escapulario al pecho: allí quedaron los bravos artesanos que el deber cruzó con el tahalí guerrero: allí fueron segados los hijos de la fortuna, los mimados de la suerte que nivelaban sus riquezas y sus holguras ante la ola de muerte igualitaria y despiadada; y mordieron el polvo, con la bala entre las cejas, los aventureros audaces que en hora mala pretendieron quebrar las ramas del árbol de la libertad bajo los pesados pliegues de sus tiendas de bandoleros.

El ángel tutelar de la campaña, el bravo don Juanito, apoyado en los fragores del combate por José Joaquín Mora y José María Cañas, los valientes como Ney, los sin miedo y sin tacha, vivió horas de mortal angustia durante las largas peripecias de la lucha. Pero ni lo abatió el eco rudo de los cuerpos de sus compatriotas que se desplomaban al golpe de la muerte, ni amilanzó su



Doña INÉS DE MORA

Doña INES AGUILAR de MORA

1830 = † 1895

En la época aciaga y gloriosa de la invasión del filibustero Walker, Costa Rica era regida por un varón fuerte, el Presidente Mora y compartía con él los prestigios del solio una dama de alma serena y valerosa. Su carácter en todas las situaciones de la vida se reveló como un diamante que no se quiebra, ni se raya.

Nació doña Inés en esta capital el 1.º de Mayo de 1830 y fueron sus padres el Licenciado don Manuel Aguilar Chacón y doña Inés Coeto. A la edad de 17 años, el 7 de febrero de 1847 se celebró el matrimonio de doña Inés con don Juan Rafael Mora y esa boda engendrada por el amor, se hizo bajo los mejores auspicios: linaje, fortuna, prosperidad política.

Hija y esposa de Presidente de la República, pocas damas de Costa Rica, encumbradas por el destino, han guardado los más perfectos atributos de la modestia y de la sencillez patriarcal. Y no solo era grave y cordial su trato con todo el mundo, si no franca su palabra y recta la intención. ¡Dichosa doña Inés que nunca supo lo que era poner un velo a sus pensamientos ni tuvo que apelar al disimulo, ni a desarrugar el ceño con los enemigos de su familia!

Otro signo de su existencia: fué una de las contadas damas costarricenses que pudieron llamarse centroamericanas. Su señora madre era nicaragüense, su padre costarricense y a ella le tocó pasar su primera juventud en El Salvador cuando en misión diplomática o en destierro hasta su muerte, se dirigió a ese Estado don Manuel Aguilar. Después de la revolución de 1859 el Presidente Mora y su esposa e hijos, se refugiaron también en El Salvador y en 1867, doña Inés viajó por Guatemala, de manera que algo del espíritu de la gran patria palpataba en aquella gran dama varonil.

Su vida está claramente dividida como con una raya trágica. Los primeros treinta años, apogeo, educación, casamiento, poderío, popularidad legítima, adquirida por la acción del prócer, en los dos años culminantes de nuestra historia.

En 1860, después de la hazaña de Puntarenas, la ceguedad y las pasiones políticas inmolaron al ex-Presidente: y doña Inés en el destierro y dos años después al regresar a su país, tuvo que sufrir todas las amarguras, todas las pequeñeces y mezquindades humanas, como contraste a las pompas de su época pasada. Fue entonces durante treinta y cinco años, hasta su muerte acaecida en San José el 20 de noviembre de 1895, la viuda del héroe mártir, dedicada al culto de su nombre y la madre que con mano enérgica regía su familia y su fortuna.

La ancianidad no hizo ningún cambio en su carácter. Había conocido la opulencia y con los restos del manto de púrpura, protegía a sus parientes y de preferencia a los de su esposo. Su corazón fué siempre generoso y magnánimo.

Poco antes de su muerte se presentó también la pobreza y no le hizo mella. Tuvo la satisfacción de ver en la solapa de Camilo, su hijo, la medalla de oro que la posteridad acuñaba como merecido homenaje, el día que se cumplió el decreto de perpetuar en bronce la epopeya, que nació de un gesto de don Juanito y este nuevo rayo de sol que iluminó su hogar, la reconcilió de seguro con todos sus compatriotas.

energía el azote de la peste que diezmaba los hogares, ni puso vacilación en su alma el cuadro triste de viudas y huérfanos envueltos en los crespones de un luto doloroso. Nada contuvo el esfuerzo viril de nuestro Presidente: era necesario vencer y vencedores fuimos contra la horda bucanera.

¡Ah! los bucaneros ¡ah! la triste falange de corredores de aventura, grupo informe de varias razas ligadas en sus propósitos aviesos por el programa de la ambición y la bandera de la codicia! Turba salía del fuero nacional e internacional que ultrajaba con sus torpes manos el pabellón de las barras y las estrellas, el pabellón que es emblema de un gran país, en donde Costa Rica encontró siempre respetado su derecho y amparada su justicia: que ayer por medio de su ilustre Cleveland nos llevó al abrazo fraternal con Nicaragua y que hoy, por la augusta mano de su más alto juez, repara el desgarramiento de nuestro territorio, cierra para siempre la angustiosa disputa que intranquilizaba nuestro patriotismo, dice al mundo con el eco de su autorizada palabra que Costa Rica no discute sin derecho y sin razón y siembra en el corazón hidalgo de sus hijos el anhelo de tender la mano a Panamá con el gesto fraternal de quien concluye su querrela en el seno sacrosanto de la justicia, sin las amarguras de quien como Juan Rafael Mora,

regó nuestras libertades con la sangre preciosa de nuestros mártires.

*
**

No es el bronce que por veces inmortaliza la forma corpórea de héroes sin valer; no es el mármol que presta por veces sus helados bloques para cantar en sinfonías de piedra las glorias ficticias de hombres de un día: no es el retrato que, con ditirambos exornado, predica virtudes de ocasión, lo que requiere el patricio que nos mantuvo arrogantes en el rol de pueblos libres.

Mora pide a nuestros corazones un altar en donde a diario arda el pebetero de nuestra gratitud: Mora es el símbolo de Costa Rica libre y su recuerdo de noble valor y de romana entereza es y será la vívida lección en donde aprendamos a sentir el patriotismo: Mora ha de ser siempre en el escudo de nuestra nobleza el león rampante que sacude su melena y marcha intrépido al combate antes que rendir su fiera selvática a los grillos del prisionero: Mora es el nombre que nuestras madres han de murmurar al oído de sus hijos cuando les hablen de honor y libertad: Mora diremos cuando el destino fiero amenace nuestra bien ganada independencia: Mora musitarán nuestros labios cuando en la familiar tertulia elevemos el alma para adorar a Costa Rica: Mora es el emblema, Mora es el pabellón, Mora es la patria... Bendito sea!

Las conferencias de García Monge en el Ateneo

Sarmiento

La Directiva del Ateneo de Costa Rica, a moción del Presidente Lic. don Alejandro Alvarado Quirós, acordó invitar al profesor don Joaquín García Monge para que diera algunas conferencias en el salón de actos del Ateneo, sobre hombres representativos de América.

El profesor García Monge aceptó, y de acuerdo con los miembros del Ateneo, ofreció tratar sucesivamente a SARMIENTO, MARTI y EMERSON. Y como se quería hacer un curso corto de conferencias acerca de cada uno de ellos, el estudio de Sarmiento se ha hecho en siete tiem-

pos. La primera y la segunda conferencias tuvieron lugar el 18 y 25 de agosto pasado en el salón de actos del Ateneo; la tercera el 31 del mismo mes en el Teatro Variedades y la cuarta en el mismo salón de actos, el domingo pasado, 8 de setiembre.

Primera conferencia. — El señor Presidente del Ateneo abrió el acto con una pequeña disertación, hablando del móvil de cultura que tenía este Centro al promover esta clase de estudios y dijo, que si el profesor García Monge no tenía hoy su Escuela para enseñar a los jóvenes, por haber sido separado de ella, el Ateneo le brindaba esta tribuna.—En la introducción, el conferencista aplaude la labor del Ateneo de estudiar la vida y obra de algunos de los próceres americanos. Considera que son voces providenciales en este Continente, olvidadas algunas de ellas, porque no tienen sus evangelistas. Explica como llegó a Sarmiento. Recordará sus mejores obras: sus recuerdos y discursos; y comentará algunas de las cosas de Sarmiento. Hace la presentación del hombre, de su carácter. Habla de las influencias del hogar: la concepción del hogar como asiento de una civilización pacífica. Hace un elogio de las madres como formadoras de la raza y conservadoras de la patria. Dice las influencias del padre, don José Clemente Sarmiento, en su hijo: sus ideas y preocupaciones revolucionarias, su afición a las lecturas. Hace referencias de la Escuela de la Patria, en que Sarmiento fué su «primer ciudadano». En ella adquiere Sarmiento el concepto de la Escuela Pública, como suprema institución de un país. Hace un elogio de su maestro don Ignacio Rodríguez, uno de los primeros magistrados de la provincia. Explica la pedagogía de don Ignacio Rodríguez: infundir respeto, el primer don del maestro; hacer pensar. Habló de las influencias pedagógicas inglesas en los precursores de estas nacionalidades. Hace un brillante elogio de don José del

Oro, maestro y amigo de Sarmiento. A don José del Oro debió Sarmiento los instintos por la vida pública: el amor a la libertad y a la patria, la consagración al estudio de las cosas de su país. Nos dice que de sus manos salió razonable, valiente, caballero, insolente con los mandones. Queríanse como padre e hijo. La compasión por los ignorantes y el amor por la verdad, harán de Sarmiento un educador. Hace un recuerdo del Obispo Quiroga que cuida de la catedral de San Juan en medio de la desolación y la barbarie. A este propósito, un elogio de la civilización estética. — Finalizó el conferencista haciendo votos porque se conserven nuestras obras públicas. Y con motivo de nuestro Liceo abandonado hoy, ese Liceo que creara don Mauro con tanto amor y que hoy está convertido en fábrica de municiones y en guarida de soldados, dijo que debíamos conservarlo y hacer allí un *Salón Sarmiento*. El público aplaudió entusiastamente al conferencista y se prometió recoger, para mañana, tan noble iniciativa.

Segunda conferencia. — 1826, una fecha memorable. Sarmiento es dependiente de una tienda. Influencia de sus lecturas de mocedad: la Biblia, Feyjoó y la vida de Cicerón, la vida de Franklin. Comienza entonces el asombroso autodidacta que fué Sarmiento. La visión suya de las futuras bibliotecas populares, escuelas ambulantes. Su visión de la tienda: los seiscientos milicianos de Quiroga que llegan al vecino cuartel, polvorientos. Y dice Sarmiento: «He aquí mi versión del camino de Damasco, de la libertad y de la civilización. Todo el mal de mi país se me reveló de improviso entonces: BARBARIE!» Reniega del federalismo, entrega la llave de la tienda y va a pelear. En el reposo, esto es, en el destierro, otra forma de lucha: abrir escuelas y enseñar a leer a las muchedumbres. De maestro en los Andes, racionalista y lancasteriano. De minero en Copiapó: aprende idiomas y enseña a leer a los

mineros. De vuelta de San Juan (1836) abre el colegio de señoritas, Santa Rosa. De su primer discurso: «el pensamiento y el interés general, convertirlos en pensamiento y en intereses propios». No fué otra la preocupación de su larga vida. Funda un periódico: *El Zonda*, viento andino. Hay que ventilar la parroquia, pues él dirá: «donde no hay vida pública, donde es bueno callarse, las cuestiones domésticas ocupan la atención pública». Los pueblos que no piensan—dice—viven de la tradición oral. Venga, pues, el impreso; hay que leer, hay que pensar. Desde entonces comienza para Sarmiento la función social del escritor: será periodista toda su vida. La Asociación Literaria de San Juan y la Asociación de Mayo en Buenos Aires: un elogio de las letras al servicio de la libertad. Los poderes intelectuales en la dirección de los negocios de la República. Venturoso país en donde las nuevas generaciones tienen exigencias espirituales. Rosas desbanda el generoso grupo de profesores y publicistas argentinos de la época. Así trabaja el tirano en la barbarie.

Tercera conferencia.—1840. Sarmiento en Chile a los treinta y dos años. No puede vivir sin la letra impresa: diarios, revistas, folletos. Su labor de periodista en Chile es idealista y práctica. Por diez años ilustró todas las cuestiones públicas de Chile. Sarmiento entendía el periodismo como una fuerza civilizadora y por lo tanto expansiva. El periodismo como una forma de oratoria, como una institución docente, y los periodistas como guías y educadores. Las publicaciones periódicas—decía—son como la respiración diaria: ni libertad, ni progreso, ni cultura se conciben sin este vehículo que liga las sociedades unas con otras y nos hace sentirnos a cada hora miembros de la especie humana, por la influencia y la repercusión de unos pueblos sobre otros.—Quiere imprenta para propaganda del bien público y libertad sin

límites del pensamiento, signo de dignidad humana.

El conferencista habla de la amistad de Sarmiento y Mont. Decía de él Sarmiento: sabía estimar; un ministro así puede hacer como Deucalión, hombres de las piedras. Luego nos habla de la polémica entre Sarmiento y Bello. Bello representa la resistencia clásica y el espíritu de autoridad. Lucha Sarmiento por la independencia del espíritu y el bien de la personalidad del escritor. Hay que educar el idioma—dice Sarmiento—hacerlo buen conductor de ideas. Emprende la reforma ortográfica: hay que facilitar el aprendizaje de la lectura.

Cuarta conferencia.—1845. Se publica el FACUNDO. Este libro—dice el conferencista—contiene en germen muchos otros; es un libro de recuerdos. Sarmiento gusta de las biografías, de la poesía narrativa del cantor. Libro desigual, como de periodista, con páginas escogidas. Habla del valor del momento en el FACUNDO y del valor perpetuo que tiene. Dice que es una obra épica porque elogia una empresa de justicia y libertad. En este libro hallaron las nuevas generaciones un motivo para pelear por la civilización humana, dice Sarmiento, Nos habla del carácter educativo del *Facundo*: sigue aleccionando este Sarmiento. El artista es un civilizador; su influencia estética, perdurable. Hacer literatura nacional, es hacer patria; hacer espíritu nacional, que se ve en el idioma. Luego nos hace un elogio de Aquileo Echeverría, nuestro poeta nacional. Nos cuenta que Lugones le escribe: su Costa Rica es muy bella. Quisiera vivir allá. Este Aquileo de las Concherías ha presentado a Costa Rica mejor que todas las estadísticas y me ha hecho quererla. A través de sus versos, me imagino muy bello su país.—Luego comenta la labor nacional con esa tendencia y cita algunos escritores del país. Nos habla de la visión estética de la geografía en el FACUNDO. Sarmiento caricatu-

riza con el corazón, dice Unamuno. La visión histórica en el FACUNDO: unitarios, mediterráneos; federales, del litoral. Lectura y comentario de algunos de los vislumbres del FACUNDO: el correo como factor del progreso; origen político de la escuela cómoda y aseada; el sentido político del caballo como instrumento de la montonera; los partidos que se cansan a expensas de la libertad; poblar, sin ésto no hay necesidades públicas, no hay municipio, ciudad; con Quiroga no se desenvuelven las fuerzas civilizadoras de un pueblo; mantengamos a todo trance el respeto a las luces. La ciencia es una preocupación civilizada, cultivémosla. Facundo en el poder llama a un doctor en leyes: no se maneja un país como se maneja una hacienda; la iniquidad provoca las intervenciones extranjeras en la patria; donde

no hay libertad de obrar o de pensar, el espíritu público se extingue y el egoísmo ahoga en nosotros todo sentimiento de interés por los demás. El conferencista finaliza con una imagen del dogma de obediencia, propicio a todos los despotismos: Rosas solicita las facultades extraordinarias: es preciso—dice Rosas—como el maestro de escuela, estar con el chicote en la mano, para que respeten la autoridad. Tal es el maestro que imaginan y quieren los despotas. Nosotros queremos que el maestro funde su señorío como lo pedía Terencio,—agrega el conferencista—en el amor, no en el rigor; que siembre hombres libres, justos y razonables; queremos la escuela que sea ejercicio de la justicia y de la libertad, supremos bienes sin los que no hay decoro, sin los que no vale la pena de tener patria!—Stbre. de 1918.

Un capítulo del FACUNDO de Sarmiento

Presente y Porvenir

¿Ha perseguido Rosas a los políticos, a los escritores y a los literatos? Pues ved lo que ha sucedido. Las doctrinas políticas de que los unitarios se habían alimentado hasta 1829, eran incompletas e insuficientes para establecer el Gobierno y la libertad; bastó que agitase la pampa para echar por tierra su edificio basado sobre arena. Esta inexperiencia y esta falta de ideas prácticas remediólas Rosas en todos los espíritus con las lecciones crueles e instructivas que le daba su despotismo espantoso; nuevas generaciones se han levantado, educadas en aquellas escuela práctica, que sabrían tapar las eventuales por donde un día amenazaría desbordarse de nuevo el desenfreno de los genios como el de Rosas; las palabras «tiranía», «despotismo», tan desacreditadas en la prensa por el abuso que de ellas se hace, tienen en la República Argentina un senti-

do preciso, despiertan en el ánimo un recuerdo doloroso; harían sangrar cuando llegasen a pronunciarse, todas las heridas que han hecho en quince años de espantosa recordación.

Día vendrá que el nombre de Rosas sea un medio de hacer callar al niño que llora, de hacer temblar al viajero en la obscuridad de la noche. Su cinta colorada, con la que hoy ha llevado el terror y la idea de las matanzas hasta el corazón de sus vasallos, servirá más tarde de curiosidad nacional, que enseñaremos a los que de países remotos visiten nuestras playas.

Los jóvenes estudiosos que Rosas ha perseguido se han desparramado por toda la América examinando las diversas costumbres, penetrado en la vida íntima de los pueblos, estudiado sus gobiernos y visto los resortes que en unas partes mantienen el orden sin detrimento de la liber-

tad y del progreso, notando en otros los obstáculos que se oponen a una buena organización. Los unos han viajado por Europa estudiando el derecho y el gobierno; los otros han residido en el Brasil; cuáles en Bolivia, cuáles en Chile, y cuáles otros, en fin, han recorrido la mitad de la Europa y la mitad de la América y traen un tesoro inmenso de conocimientos prácticos, de experiencias y datos preciosos que pondrán un día al servicio de la Patria, que reuna en su seno esos millares de proscritos que andan hoy diseminados por el mundo, esperando que suene la hora de la caída del Gobierno absurdo e insostenible que aún no cede al empuje de tantas fuerzas como las que han de traer necesariamente su destrucción. Qué en cuanto a literatura, la República Argentina es hoy mil veces más rica que lo fué jamás en escritores capaces de ilustrar a un Estado americano.

Si quedara duda con todo lo que he expuesto de que la lucha actual de la República Argentina lo es sólo de civilización y barbarie, bastaría para probarlo el no hallarse del lado de Rosas un solo escritor, un solo poeta de los muchos que posee aquella joven nación. Montevideo ha presenciado durante tres años consecutivos las justas literarias del 25 de Mayo, día en que veintenas de poetas, inspirados por la pasión de la patria, se han disputado un laurel. ¿Por qué la poesía ha abandonado a Rosas? ¿Por qué ni rapsodias produce hoy el suelo de Buenos Aires, en otro tiempo tan fecundo en cantares y rimas? Cuatro o cinco asociaciones existen en el extranjero de escritores que han emprendido compilar datos para escribir la historia de la República, tan llena de acontecimientos, y es verdaderamente asombroso el cúmulo de materiales que han reunido de todos los puntos de América: manuscritos, impresos, documentos, crónicas antiguas, diarios, viajes, etc. La Europa se asombrará un día, cuando tan ricos materiales vean la

luz pública y vayan a engrosar la voluminosa colección de que Angelis no ha publicado sino una pequeña parte.

¡Cuántos resultados, no van, pues, a cosechar esos pueblos argentinos desde el día, no remoto ya, en que la sangre derramada ahogue al tirano! ¡Cuántas lecciones! ¡Cuánta experiencia adquirida! Nuestra educación política está consumada.

Todas las cuestiones sociales ventiladas: federación, unidad, libertad de cultos, inmigración, navegación de los ríos, poderes políticos, libertad, tiranía, todo se ha dicho entre nosotros, todo nos ha costado torrentes de sangre. El sentimiento de la autoridad está en todos los corazones, al mismo tiempo que la necesidad de contener la arbitrariedad de los poderes la ha inculcado hondamente Rosas con sus atrocidades. Ahora no nos queda que hacer sino lo que él no ha hecho y reparar lo que él ha destruido.

Porque *él*, durante quince años, no ha tomado una medida administrativa para favorecer el comercio interior y la industria naciente de nuestras provincias; los pueblos se entregarán con ahinco a desenvolver sus medios de riqueza, sus vías de comunicación, y el *nuevo gobierno* se consagrará a restablecer los correos y asegurar los caminos que la Naturaleza tiene abiertos por toda la extensión de la República.

Porque en quince años no ha querido asegurar las fronteras del Sur y del Norte por medio de una línea de fuertes, porque este trabajo y este bien hecho a la República no le daba ventaja alguna contra sus enemigos: el *nuevo gobierno* situará el ejército permanente al Sur y asegurará territorios para establecer colonias militares, que en cincuenta años serán ciudades y provincias florecientes.

Porque *él* ha perseguido el nombre europeo y hostilizado la inmigración de extranjeros, el *nuevo gobierno* establecerá grandes asociaciones pa-

ra introducir población y distribuirla en territorios feraces, a orillas de los inmensos ríos, y en veinte años sucederá lo que en Norte-América ha sucedido en igual tiempo: que se han levantado como por encanto ciudades, provincias y Estados en los desiertos en que poco antes pacían manadas de bisontes salvajes; porque la República Argentina se halla hoy en la situación del Senado Romano, que por un decreto mandaba levantar de una vez quinientas ciudades, y las ciudades se levantan a su voz.

Porque *él* ha puesto a nuestros ríos interiores una barrera insuperable para que no sean libremente navegados, el *nuevo gobierno* fomentará de preferencia la navegación fluvial; millares de naves remontarán los ríos e irán a extraer las riquezas que hoy no tienen salida ni valor hasta Bolivia y el Paraguay, enriqueciendo en su tránsito o Jujuy, Tucumán, Salta, Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe, que se tornarán en ricas y hermosas ciudades, como Montevideo, como Buenos Aires. Porque *él* ha malbaratado las rentas pingües del puerto de Buenos Aires y gastado en quince años cuarenta millones de pesos fuertes que ha producido, en llevar adelante sus locuras, sus crímenes y sus venganzas horribles, el puerto será declarado propiedad nacional, para que sus rentas sean consagradas a promover el bien en toda la República, que tiene derecho a ese puerto de que es tributaria.

Porque *él* ha destruido los colegios y quitado las rentas a las escuelas, el *nuevo gobierno* organizará la educación pública en toda la República con rentas adecuadas y con ministerio especial, como en Europa, como en Chile, Bolivia y todos los países civilizados; porque el saber es riqueza, y un pueblo que vegeta en la ignorancia es pobre y bárbaro, como lo son los de la costa de Africa o los salvajes de nuestras pampas.

Porque *él* ha encadenado la prensa, no permitiendo haya otros diarios que los que tiene destinados para

vomitarse sangre, amenazas y muertes, el *nuevo gobierno* extenderá por toda la República el beneficio de la prensa, y veremos popular libros de instrucción y publicaciones que se consagren a la industria, a la literatura, a las artes y a todos los trabajos de la inteligencia.

Porque *él* ha perseguido de muerte a todos los hombres ilustrados, no admitiendo para gobernar sino su capricho, su locura y su sed de sangre, el *nuevo gobierno* se rodeará de todos los grandes hombres que posee la República y que hoy andan desparramados por toda la tierra, y con el concurso de todas las luces de todos hará el bien de todos en general. La inteligencia, el talento y el saber serán llamados de nuevo a dirigir los destinos públicos, como en los países civilizados.

Porque *él* ha destruido las garantías que en los pueblos cristianos aseguran la vida y la propiedad de los ciudadanos, el *nuevo gobierno* restablecerá las formas representativas y asegurará para siempre los derechos que todo hombre tiene de no ser perturbado en el libre ejercicio de sus facultades intelectuales y de su actividad.

Porque *él* ha hecho del crimen, del asesinato, de la castración y del degüello un sistema de gobierno; porque *él* ha desenvuelto todos los malos instintos de la naturaleza humana para crearse cómplices y partidarios, el *nuevo gobierno* hará de la justicia, de las formas recibidas en los pueblos civilizados, el medio de corregir los delitos públicos, y trabajará por estimular las pasiones nobles y virtuosas que ha puesto Dios en el corazón del hombre para su dicha en la tierra, haciendo de ellas el escalón para elevarse e influir en los negocios públicos.

Porque *él* ha profanado los altares, poniendo en ellos su infame retrato; porque *él* ha degollado sacerdotes, vejándolos o hécholes abandonar su patria, el *nuevo gobierno* dará al culto la dignidad que le corresponde

y elevará la religión y sus ministros a la altura que se necesita para que moralice a los pueblos.

Porque *él* ha gritado durante quince años ¡*mueran los salvajes unitarios!*, haciendo creer que un gobierno tiene derecho de matar a los que no piensan como él, marcando a toda una nación con un letrero y una cinta para que se crea que el que lleve la *marca* piensa como le mandan a azotes pensar, el *nuevo gobierno* respetará las opiniones diversas, porque las opiniones no son hechos ni delitos, y porque Dios nos ha dado una razón que nos distingue de las bestias, libre, para juzgar a nuestro libre arbitrio.

Porque *él* ha estado continuamente suscitando querellas a los gobiernos vecinos y a los Europeos; porque *él* nos ha privado del comercio con Chile, ha ensangrentado al Uruguay, malquistádose con el Brasil, atraído-se un bloque de la Francia, los vejámenes de la marina norte-americana, las hostilidades de la inglesa y metídose en un laberinto de guerras interminables y de reclamaciones que no acabarán sino con la despoblación de la República y la muerte de todos sus partidarios, el *nuevo gobierno*, amigo de los poderes europeos, simpático para todos los pueblos americanos, desatará de un golpe ese enredo de las relaciones extranjeras y establecerá la tranquilidad en el exterior y en el interior, dando a cada uno su derecho y marchando por las mismas vías de conciliación y orden en que marchan todos los pueblos cultos.

Tal es la obra que nos queda por realizar en la República Argentina.

Puede ser que tantos bienes no se obtengan de pronto, y que después de una subversión tan radical como la que ha obrado Rosas, cueste todavía un año o más de oscilaciones hacer entrar a la sociedad en sus verdaderos quicios. Pero con la caída de ese monstruo entraremos, por lo menos, en el camino que conduce a porvenir tan bello, en lugar de que bajo su funesta impulsión nos alejamos más y más cada día y vamos a pasos agigantados retrocediendo a la barbarie, a la desmoralización y a la pobreza. El Perú padece, sin duda, de los efectos de sus convulsiones intestinas; pero, al fin, sus hijos no han salido a millares; y por docenas de años, a vagar por los países vecinos; no se ha levantado un monstruo que se rodee de cadáveres, sofoque toda espontaneidad y todo sentimiento de virtud. Lo que la República Argentina necesita antes de todo, lo que Rosas no le dará jamás, porque ya no le es dado darle, es que la vida, la propiedad de los hombres no esté pendiente de una palabra indiscretamente pronunciada de un capricho del que manda. Dadas estas dos bases, seguridad de la vida y de la propiedad, la forma de gobierno, la organización política del Estado, la darán el tiempo, los acontecimientos, las circunstancias. Apenas hay un pueblo en América que tenga menos fe que el argentino en un pacto escrito, en una constitución. Las ilusiones han pasado ya, la constitución de la República se hará sin sentir, de sí misma, sin que nadie se la haya propuesto. Unitaria, federal, mixta, ella ha de salir de los hechos consumados.

Nada en el mundo es objeto de tan grande admiración como un hombre que sepa ser desgraciado valerosamente.—*Séneca*.

Nada ha salido de nada. Nada es obra de los dioses.—*Lucrecio*. — «De Natura Rerum», lib. I, vers. 144.

¿Dices que la sociedad es mala? Ahí estás tú para corregirla.—*Anselmo Lorenzo*.

Quien no quiere pensar es un fanático; quien no puede pensar es un idiota; quien no osa pensar es un cobarde.—*Lord Bacon*.

Las Grandes Figuras Literarias

Don Ramón del Valle-Inclán

Madrid, Mayo, 1918. — Alto, enjuto, barbudo y noblemente mutilado como un héroe antiguo; arcaico en la figura y en el indumento, con sus grandes y redondas lentes quevedescas, su gran chambergo y sus largas guedejas entre apicaradas y místicas; fanfarrón y sencillo, pagano por el apetito, cristiano por la belleza y el hastío; como un gallego, astuto; donairoso y ceceante como un andaluz; mezcla, en la traza física, de peregrino penitente y de soldado trashumante aún no incorporado a su tercio; altivo como un mayorazgo y humilde místicamente a veces como un monje de órdenes menores; maldiciente y mordaz como un contertulio de los antiguos mntideros, con un inevitable recuerdo de Quevedo por la cortante lengua, y de Cervantes, por el común defecto, origen en ambos de más noble postura; semejante a la vez a los antiguos abades corretones y mujeriegos, a los monjes que lograron olor de santidad y a los altivos condestables que gallardos murieron sobre el tajo, este gran don Ramón de las barbas de chivo. (Rubén Darío), representa en la modernísima época literaria el sentido de retorno a los orígenes, propio de todo renacimiento. Que renacimiento fue el movimiento literario, del que hoy, en la distancia, se nos aparece Valle-Inclán como padre apostólico y pontífice primo.

Pocos escritores logran la suerte de llegar a las Letras en el preciso instante de las renovaciones, en que las antiguas constelaciones líricas cambian de lugar hacia Poniente y las miradas de los desvelados buscan nuevos astros hacia Oriente, en el azul limpio y vacío. Esta fué la suprema fortuna de los escritores del 98. Y ésta fué la gran dádiva que hizo su estrella a don Ramón María del Valle-Inclán. En cualquier otra época, acaso no hubiera pasado de ser un escritor correcto y pulcro, con la obscura gloria de tantos otros como ayer y hoy son ornamento no extraordinario de la pura dicción. Pero llegó a las letras en el preciso instante en que nuevos anhelos, diseminados e inciertos, a la vaga luz de una alborada, necesitaban ser recogidos en una mano firme y amorosa que los lanzase en haz seguro sobre la frente del porvenir—tal el simbólico puñado de trigo sobre el cabello de la desposada:—y don Ramón María del Valle-Inclán, presista eufónico de discretos méritos, fué precursor y pontífice y conductor de muchedumbres líricas.

Con su tirso florido, tomado de la floresta americana, o su hachón encendido en las hogueras de las más puras aras latinas, precede Valle-Inclán, sobre la fuga de los maestros antiguos, la juvenil y osada teoría de

los modernos renovadores; precede y dirige la nueva cohorte lírica, y es su centro herboroso y su más plena estrella; y es cabeza visible y reluciente de una dilatada secta de discípulos que le hacen paternal y aún abuelengo por el número y la diversidad de sus edades variamente floridas. Toda la osadía y el innovador impetu de la generación del 98 en que están Baroja, azul y frío como un hombre del Norte, y Martínez Ruiz, el de los fieros folletos anónimos, y Eduardo Marquina, el de los versos anchos como la prosa y los acentos flagelantes de *Vendimión*,—tiene su voz tonante y rotunda y gallarda como un reto en este altivo condestable llegado de América, que ha visto con sus propios ojos la maravillosa floresta de los Rubén y los Lugones; que ha visto de nuevo la grandeza de América, deshecha por los conquistadores, rehecha por los vástagos líricos y viene henchido de noble menosprecio por la pequeñez de nuestras letras. Al grupo innovador que aquí encuentra, comunica Valle su entusiasmo y su mayor voz belicosa. El es quien lanza los más agudos epigramas contra los *viejos* que son, en suma, Echegaray y Pérez-Nieva; él quien se atreve a poner en duda el talento pródigo de Galdós, y quien es un arranque de diabolismo inocente—tal el segundón ebrio que alza la mano contra un crucifijo—osa decir un día que don Miguel Cervantes es un pobre diablo. Este ardimiento suyo, esta gran voz tonante, atrae hacia él una juvenil cohorte que imita ya al maestro en la indumentaria y en el estilo—se hacen de rigor desde entonces los grandes chambergos y las grandes chalinan;—y glosa e interpreta sus hasta entonces parcas obras. Y hé aquí a Valle-Inclán, lírico guión, de nexo entre la generación del 98 y la generación siguiente, la que inaugura el nuevo siglo, y en la cual está Villalpessa—por entonces autor de *Confidencias* y de *Luchas*—y Juan Ramón Jiménez—que empieza sus estancias líricas en los sanatorios sentimentales a lo Verlaine—y los Machado, que aún conservan en el secreto íntimo sus primeros versos. (Antonio aún no ha publicado *Soledades*: Manolo viene a poco de París, donde ha sido la promesa para el mañana en los convivios de Móreas y Huysmans).

A todos estos jóvenes comunica Valle su ardor irreverente y su anhelo de renovación, y todos toman algo de sus primicias líricas. Pero a despecho de su actitud de heraldo, destacado hacia adelante; a pesar de sus grandes chalinan y de sus guedejas que parecen airones de modernidad, él representa en el renacimiento literario el

sentido del retorno a los orígenes, a esos orígenes en que hacen pensar sus largas barbas penitentes. Cosa no rara, pues todo renacimiento es una vuelta a nacer, y necesita de alguien que represente y despierte la memoria de la natividad primera. Este recuerdo se hace vivo y vigilante en Valle-Inclán. Pule su prosa impecablemente a lo siglo de oro, pero comunicándole una gracia nueva, ingenua y primitiva, algo como un gracioso desmayo, que así puede ser balbuceo primitivo como preciosismo decadente; y que, desde luego, es sabiduría moderna. A las antiguas cláusulas entramadas y entretregidas con arte de pacientes cordeleros que pasan por la suma del clásico saber literario, sustituye frases ligeras, eufónicas y breves, que como cuidados jardincillos se dejan ver por entero a la primera ojeada. Sus admiradores ensalzan la belleza de estos periodos, contruidos a la manera de Flaubert, que pueden leerse, de un solo hábito, sin producir cansancio. Y he aquí como el nuevo maestro se asemeja a los primitivos más que a los clásicos. Y está así más cerca de los modernos que los seudoclasistas a lo siglo de oro, (véanse las mixtificaciones de Diego San José). Aseméjase también a ellos por el empleo de voces que sólo tuvieron su brillo literario en los primeros tiempos y que no están en los clásicos. Y aún por sus temas líricos—las viejas casonas solariiegas, las rucas aldeanas, los peregrinos que van a Compostela, los abades mujeriegos y belicosos, las pastoras ingenuas y místicas, como la Adega de *Flor de Santidad*.—El pone en boga la dición arcaica, aún no granada en los recios moldes latinos de los clásicos, y recoge y anima la nostalgia de los primitivos, que vagamente han sembrado ya en los espíritus *Azorín* y Unamuno, y que Manuel Machado poetizará más tarde, estando el vaso de buen vino de Juan Ruiz, del que gustará elegantemente un sorbo, y del que otro poeta, Enrique de Mesa, beberá luego hasta saciarse y saciarnos. El orienta a la juventud hacia Berceo y el Arcipreste de Hita y el Marqués de Santillana; y funda así toda una tendencia literaria que aún fructifica hoy en los poetas modernísimos, (Enrique de Mesa y Pérez de Ayala), y que constituye un recio vástago de este frondoso Renacimiento. El impulsor de esta reacción literaria es don Ramón del Valle-Inclán. Pero, al mismo tiempo, es un innovador y un revolucionario con relación a la literatura contemporánea, por la novedad misma de esta reacción y por elementos modernos con que se realiza.

Es Valle un arcaizante; pero sus admiradores reconocen que escribe como Flaubert, es decir, como un romántico del siglo; además son visibles en él afinidades con Barbey D'Aurevilly, (muy leído entonces), y con D'Annunzio y con Eca de Queiroz, (léase a Julio Casares sobre este punto),

habiendo tomado del primero el aire donjuanesco y libertino de su marqués de Bradomin y el propio aire de condestable de las letras, la inquietud teologal y el diabolismo; del segundo, la traza exterior y el ambiente de muchos de los cuentos de su primera época, (*Epitalamio*, por ejemplo), así como la tendencia a escudriñar el fondo pagano vivo en el alma cristianada de las turbas rústicas, (compárese *Flor de Santidad* y *los Anales de Ana*): y del tercero, del irónico lusitano, la fina burla de descreído, que es también d'aurevillesca.

Con estos elementos primordiales, a los que aún hay que agregar los nativos en él, la suavidad y cadencia de la prosa, en la que perdura la musicalidad del habla gallega, la falta de color compensada con la elegancia del trazo y un grato tono verdinegro, henchido de pluvial jugo y frescura, propio de la literatura gallega, compone Valle estas obras—*Las sonatas*, *Adega*, etc.—que son pasmo de la juventud que le sigue y marca toda su labor incipiente de claros exantemas. El impone el ambiente antiguo—las casonas, las viejas ermitas, los verdosos campos de Juan Ruiz, los viejos palacios, las fuentes verdinegras, los espejos empañados, (D'Annunzio).—Yo te he visto en el fondo de un espejo encantado, (Villaespesa), él impone los hechizos de las manos abaciales (*Sonata de Otoño*), finas y olorosas, (oh blancas manos ducales—olorosas manos blancas, (Villaespesa).—Sus blancas manos eran una eucaristía, (Carre).—Yo pensaba en la ternura suave y blanca de la mano, (Jiménez); el hechizo del otoño que enloquece a Juan Ramón y de la belleza enferma y moribunda a lo Dama de las Camelias, vestida con arrees de infantina austriaca, (todos los primeros libros de Villaespesa, están llenos de estas visiones pálidas); él atrae los corderos blancos y los membrillos olorosos—Cordero divino, tus blancos vellones... (Villaespesa); él aficiona a las imágenes místicas—la tarde era azul y triste como el alma de una santa princesa, (Valle); él predica con el ejemplo el amor, amor al matiz (*la nuance*, que dijo Verlaine), que Villaespesa exalta luego en largas estrofas; él infunde a toda una generación un amor inborrable a esta imaginaria mística; y de él salen todos esos epítetos—eucarístico, litúrgico, teologal—que aún siguen apareciéndose de dos en dos a la manera valle—inclanesca—las bandas de su pelo eran negras y nazarenas, (*Sonatas de otoño*) en los libros del día.

Este ascendente de Valle-Inclán sobre los escritores que le han seguido, justifica su actitud de Pontífice y de Jefe de dilatada escuela. Ha sido imitado y copiado literariamente hasta hoy; ha sido copiado hasta en sus defectos, puerilidades y despuntes de mal gusto hasta en la cursilería franca e innegable en que muchas veces para su exquisitez estérica—la dedicatoria de la *So-*

nata de invierno. (A unos ojos negros y aterciopelados), es francamente cursí a lo Grilo, así como este título de un libro suyo—*Las mieles del rosal*, y este otro, *Gerifaltes de antaño*, que parece de Ricardo León; — hasta en los barbarismos, como *avizarar*, etc., y puede decirse que la estética valle-inclanesca ha metido su copa de oro—como en la leyenda bíblica—en los sacos de trigo de los hermanos. Raro será el libro contemporáneo en que no se encuentre esta copa de oro, hurtada al maestro. En lo espiritual y estilístico, Valle es un punto central del que parten, como los rayos de una rosa de los vientos, por un lado, la orientación hacia el preciosismo, (Isaac Muñoz, Goy de Silva, Carrère); por otro, la tendencia del arcaísmo con su resurrección de voces desusadas y su creación de nuevas voces, no siempre oportunas, (Ricardo León, Carrère, Diego San José, Répide y todos los *castellanistas*, cuya más notoria expresión es Enrique de Mesa); y por otro punto luminoso, el misticismo teológico que en su *Lámpara Maravillosa* expone ampliamente el maestro, y que tiene su trascendencia espiritual en Pérez de Ayala, (*El sendero innumerable*); y su traspunto imitativo en las últimas poesías de Carrère, orientadas hacia los misterios de ultratumba. Y aun por su condición de escritor regional, que describe paisajes y seres de Galicia—su aspecto más sólido ponderable,— puede considerarse como el fundador de la moderna literatura regional gallega, cuyo más lucido representante, después de él, fué su malogrado discípulo Prudencio Canitrot.

Y hasta a un arte hermana, la Pintura, ha trascendido su ascendente literario. Romero de Torres es un vástago pictórico de la literatura valle-inclanesca. Por todos estos méritos y lauros, Valle-Inclán puede ser considerado justamente caudillo y prolífico padre de estirpes literarias. El ha enseñado a escribir a todos nuestros jóvenes, con lecciones que hasta los muy jóvenes llegan (véase a Andrés Guilmain, *Mi prima Marta* 1916). El ha resucitado el amor a la pura dicción. El ha prendido en los espíritus el sentido de la estética y ha hecho otra vez de la profesión de escribir un episcopado ejercido por él con el aire altanero de los antiguos maestros eclesiásticos. En este sentido ha sido un revolucionario y está bien entre la pléyade rebelde del 98; pero por la tendencia hacia atrás de esta rebeldía ha sido también un reaccionario. Su arte nimado y pulcro, desvanecido y pálido, es el de un primitivo o el de un decadente; escribe a la manera de los antiguos monjes,

faltos de inspiración si sobrados de arte; fáltale la inspiración directa y primera, la oleada de sangre roja, las alas audaces y rectas. Su obra está formada de ninguna idea, y de elementos ajenos, preciosos en verdad, que él ha sabido acoplar con arte exquisito y con larga paciencia. Su obra es como un edículo moderno construido con restos preciosos y auténticos de anteriores maravillas arquitectónicas. Barbey d'Aureville, Eca de Queiroz, D'Annunzio y hasta Casanova han dado materiales para la catedral valle-inclanesca. Ahora mismo, su lámpara maravillosa, ¿en qué antiguos y vagos fuegos se enciende? Si ha hecho dadas a los jóvenes cuántas no ha recibido de ellos? *La Marquesa Rosalinda* es, a trechos, un florilegio universal, sea o no cierto lo que dijo Gómez de la Serna en *Prometeo*, atribuyendo la idea primordial a *La nuit persanne*. El ha puesto en boga el arte del mosaico y de las incrustaciones, tan beneficiado después por sus discípulos (véase Carrère); y él representa, en fin, el triunfo de la retórica y del estilo sobre la inspiración y sobre las espontáneas y gentiles gracias desordenadas. Lo mejor de su obra total son los libros como *Romance de lobos*, en que describe cosas o paisajes que él ha visto; y estos libros reducen su figura a las proporciones de un buen escritor regional de auténtica vena nativa. Pero en conjunto es uno de esos escritores artificiosos y fríos, y ante diestros y sabios, que surgen en las épocas de transición, y que, aleccionados y enriquecidos por una vasta herencia literaria, aciertan a recoger cuanto de bueno encontraron por las dilatadas florestas anteriores en el molde áureo de una pura dicción.

Valle-Inclán, más que creador, es un maestro de estética, un poseedor de normas. Ahora, en la cátedra que debiera ser de pórvido y jaspé, el activo *condottiere* de antaño, tan dado a las definiciones dogmáticas, docto en todas las sutilezas del arte, pagano a lo D'Annunzio, cristiano por la belleza a lo Huysmanns, parecerá elevado a una alegoría póstuma. Así, en una cátedra pontifical, nos presenta la imaginación al ya maduro maestro; definidor anatemasizante, revestido de abigarrados hábitos bizantinos, con las llaves del arte en la mano y al costado la espada de condestable; primitivo y ultradecadente, enseñando a discípulos ingenuos, que le ofrendan blancos corderos y membrillos de otoño, el Arte de componer primorosos mosaicos con antiguas y nobles piedras.

R. Casinos-Assens

A los ochenta años, todavía puede uno perfeccionarse.—*Voltaire*.

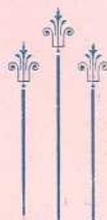
El mal se ahoga con la abundancia del bien.—*San Agustín*.

ALSINA

IMPRESA
LIBRERIA Y PAPELERIA

Inmenso surtido
de útiles
para escuelas

Medalla de Oro en la Exposición Nacional



CREMA IDEAL PARA CURAR LAS GRIETAS

NIEVE FILODERMA

CREMA IDEAL
PARA QUEMADURAS DE LA PIEL

Su acción refrescante y anti-
céptica hace que el cutis esté
siempre limpio y terso. No contie-
ne productos tóxicos ni grasosos.

BOTICA FRANCESA

SAN JOSE, COSTA RICA

Pida una suscripción a «El Comer-
cial,» periódico que se edita en esta
ciudad semanalmente.

Se le enviará GRATIS y así ten-
drá Ud. importantes noticias de todo.

Dirigirse al apartado 375